

ACTOS DE LA FACULTAD DE MEDICINA

Inauguración del Laboratorio de Parasitología "Daniel Alcides Carrión" en el Departamento de Medicina Tropical.

Revistió gran solemnidad la inauguración del Laboratorio, para los trabajos de los alumnos del curso de parasitología, en el Departamento de Medicina Tropical de nuestra Facultad.

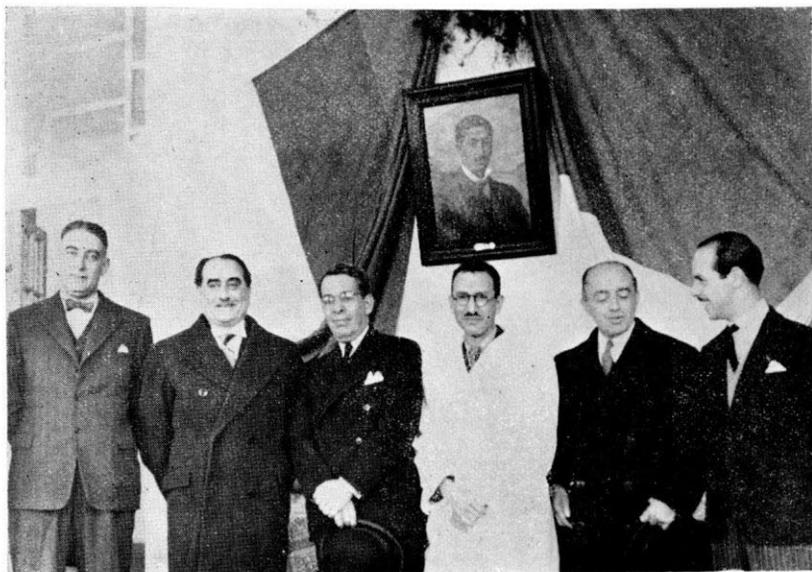
Como se sabe, por iniciativa del Profesor Patiño-Camargo, Profesor Jefe del Departamento Tropical, la Facultad de Medicina decidió construir un laboratorio, en homenaje al estudiante heroico de medicina, Daniel Alcides Carrión, de la Facultad de Lima y colocar su retrato en el salón central.

Los gastos de construcción y dotación, los sufragaron conjuntamente la Facultad de Medicina y la Junta General de Beneficencia.

Personalmente estuvieron supervigilando los trabajos el Profesor Decano, doctor Jorge E. Cavelier y el Director del Hospital, doctor Jorge Salcedo Salgar. El retrato fué pintado de mano maestra, por el artista Domingo Moreno-Otero. Dirigió la construcción el señor José Martínez.

La inauguración se hizo al mediodía del 4 de octubre, víspera del aniversario del sacrificio de Carrión. Presidió el acto el Excelentísimo señor Presidente de la República, doctor Eduardo Santos, quien vino acompañado de sus edecanes. Rindieron los honores de ordenanza, tropas de la Policía Nacional. La Banda Nacional tocó los himnos de Colombia y del Perú, durante la ceremonia. Estuvieron presentes el Excelentísimo señor Embajador del Perú, doctor Carlos Arenas y Loaiza, su familia y el personal de la Embajada. Embajadores y Ministros Diplomáticos de las repúblicas de América y de Francia y España. El Rector de la Universidad. El Decano de la Facultad de Medicina. El cuerpo de Profesores. Los Jefes de Clínica, los Internos de los Hospitales y numerosos estudiantes. El doctor Fabio Lozano y Lozano, antiguo Embajador de Colombia en el Perú. La Superiora, Reverenda Hna. San Martín, de la Comunidad de las Hermanas de la Caridad. Gran número de religiosas hospitalarias. Enfermeras del dispensario antituberculoso y de otras instituciones. Numeroso público de damas y caballeros de nuestra sociedad.

El señor Presidente, los Ministros y el público, anduvieron re-



Fotografía tomada durante la inauguración del Laboratorio "Daniel Carrión" en el Departamento Tropical de la Facultad de Medicina, a la cual concurrieron el Jefe del Estado, el embajador del Perú y el Decano de la Facultad de Medicina, el Profesor Luis Patiño Camargo, Director del Departamento Tropical, el Rector de la Universidad y el secretario de la Embajada del Perú. Al fondo puede verse el retrato del malogrado estudiante peruano Daniel A. Carrión.



Una vista del edificio donde funciona el Laboratorio Daniel A. Carrión, en el Departamento de Medicina tropical, tomada durante el discurso que pronunció el Profesor Luis Patiño Camargo en el acto de la inauguración.

corriendo las dependencias del Departamento Tropical e inspeccionando las dotaciones del laboratorio. Se mostraron especialmente interesados en conocer la *Bartonella*, agente etiológico de la enfermedad de Carrión.

Hablaron durante el acto de inauguración: el estudiante señor Alfonso Bonilla Naar, Jefe de trabajos de parasitología, vocero del estudiantado. El Profesor Luis Patiño-Camargo, en nombre de los Profesores. Y dió respuesta al homenaje, el Excelentísimo señor Embajador del Perú, en una brillante, cincelada y magnífica oración, largamente aplaudida por los circunstantes y elogiosamente comentada después.

Insertamos a continuación los discursos, en el orden en que fueron pronunciados e ilustramos este informe, con retratos de la inauguración.

Discurso del estudiante señor Alfonso Bonilla-Naar.

Excelentísimo señor Presidente de la República, señores Ministros, señor Embajador del Perú; señor Profesor Decano, señoras, señores estudiantes:

Hay un tradicional concepto nuestro, fruto de sanas creencias y aquilatado orgullo: "América, tierra de Aguilas". Nadie las conoce; es imposible: ¡o encadenadas o muertas! y encadenar un águila es herir la libertad, concebirla sin vida, un imposible. Sólo alas prestadas a la imaginación podrían llevarnos hasta el vértigo de su altura, allá donde la gloria reparte lauros entre aquellos que vivieron con una mentalidad fecunda a miles de leguas de sus cerebros. Estos, los incomprensidos, los que debieron experimentar asombro al ver la tierra tal cual es, pues se la debieron imaginar de otra manera, son los únicos que imponen al río tormentoso de esta vida sin sosiegos, una tregua, un remanso, donde los hombres de bien puedan refrescar, por un instante, sus mentes afiebradas. Y DANIEL CARRIÓN es uno de ellos. Por eso, esta pausa para el espíritu.

Los pormenores de su vida, los ignora la mayoría, porque un solo acto indefinible, los ahoga todos. Basta saber que fué una mentalidad visionaria, que voló muy alto para bien de la Humanidad, y que luego cayó, bruscamente, bajo su propia iniciativa, con los ojos enrojecidos, llenos de sol. Triunfó. Con el filo violento de su gesto, partió en dos el morbo de la Verruga Peruana. "Es una misma entidad con dos formas clínicas diferentes, un mismo asesino con dos antifaces", se empeñaba en decir. Le parecía tan claro.... Nadie le creyó.

La propia Naturaleza, aun para asesinar, se permite rodeos,

como intentando salvar su responsabilidad: el zumbido de un mosquito que inconsciente lleva una "lira" de muerte en sus espaldas... o la mosca, que con su picadura fatal, hace de la muerte un sueño.... El, nó. Para convencerlos, citó sin ambages a la muerte en el interior de sus arterias juveniles. Un día, con la luciente trompeta de una lanceta, se introdujo el germen brutal. Sintió sus pasos; anotó sereno todos los detalles de la gigantesca lucha, donde era a la vez, Jefe Supremo y campo de batalla; la fiebre, fegonazo del combate, la inscribía con tranquilidad asombrosa; observó cómo se licuaba la vida en su sangre que empalidecía; cómo pululaban los gérmenes en su organismo que ya se desfiguraba. A los treinta y nueve días, cayó bajo el peso de la sombra definitiva, envuelto en su bandera de combate que le sirvió de mortaja.

Señores: hemos ascendido y por obligación descendido en un instante. Cuán difícil es sostener el termómetro de la emoción en un ambiente sólo reservado a los genios, que tal vez pueda serle propicio al hombre normal dentro de miles de años, cuando sus ambiciosas conquistas tropiecen con los volcanes de la luna, y la imaginación encuentre ambiente favorable en constelaciones aún por descubrir. ¡Entonces, el hombre no hablará del genio, serán las sombras las que exaltarán a los espíritus!

En este día grandioso para la ciencia americana, en nombre del estudiantado de Medicina de Colombia, reciban nuestros compañeros peruanos, y su Alma Mater, la Universidad de San Marcos, una efusiva manifestación de agradecido reconocimiento, inspirada en su genio, DANIEL CARRION, que esperamos sea tan imponente y sonora, como un rumor eterno de gemelas cataratas.

Discurso del Profesor Luis Patiño Camargo.

Excelentísimo señor Presidente de la República, Excelentísimo señor Embajador del Perú, señor Rector de la Universidad, señor Decano de la Facultad de Medicina, señores profesores, señores estudiantes, señoras, señores:

En la mañana del 27 de agosto en el Hospital "Dos de Mayo", de la ciudad de Lima, se inició por el bienestar del hombre una hazaña científica legendaria y heroica. El alumno del 6º año de medicina, Daniel Alcides Carrión, empeñado en el estudio de una misteriosa y terrible enfermedad de mortíferos brotes epidémicos propia de la sierra peruana, anheloso de conocer los síntomas y de hallar su causa para prevenir el contagio y buscar el remedio, vió que el camino seguro habría de ser la inoculación humana y decidió realizar el magno experimento en su propio cuerpo de adolescente. Y

así se escribió la historia clínica más heroica de todos los tiempos, terminada hace 56 años con el holocausto en beneficio humano de una vida excelsa, en la noche del 5 de octubre de 1885.

La Facultad de Medicina de Bogotá, por iniciativa del Departamento Tropical, quiso honrar dignamente en forma perdurable el sacrificio del estudiante Carrión, dedicando a su memoria el laboratorio de los alumnos de la clínica y entronizar su efigie gravada por un artista renombrado, a que presida los trabajos estudiantiles y guíe las mentes jóvenes por el camino que él dejó trazado. Y el ilustre Profesor Decano dió el encargo de relatar la hazaña incomparable y ofrecer el homenaje, a un catedrático oscuro que sobrecoigido por la magnitud de la empresa, pide disculpas al auditorio preclaro por la forma balbuciente como habrá de cumplir el mandato de la Facultad.

En 1551 los férreos soldados castellanos del conquistador Pizarro, fueron detenidos en Coaque, en la costa del mar Pacífico, sobre la línea equinocial, por una mortífera dolencia de caracteres tan dramáticos, que los españoles estuvieron casi decididos a abandonar la empresa de conquistar el imperio de los Incas.

“Los que quedaron en Coaque, dice Herrera en la historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano, sufrieron mucho, pues acaeció que algunos se acostaba sanos y se levantaban hinchados y otros morían durante la noche; otros tenían los miembros tullidos; les aparecían berrugas en los ojos y por todo el cuerpo, con grandes dolores. Estas producían gran mortificación y fealdad, y se afligían de no poder curar una enfermedad tan contagiosa”. Y Estete anota: “Este pueblo de Coaque está junto a la mar, en un buen asiento; sería de hasta cuatrocientas casas de muy gentil parecer y sitio, aunque en ruin constelación; porque es la costa más enferma que hay debajo del cielo, porque en entrando la gente en él les dió grandísimas enfermedades de calenturas que mataban en veinticuatro horas; y la peor, unas verrugas que daban a las gentes a manera de viruelas, salvo que eran tan grandes como nueces y avellanas sangrando muchas de ellas y por las narices”.

Consolidada la conquista del milenario imperio Inca, los cronistas anotan más tarde que el mal de verrugas se llamaba *Sirki* en la lengua quechua y que se debía a malas aguas. “Y en aquéste reyno del Perú ay una provincia de malas aguas que es Guaylas la Baxa, que los que beben de aquel agua, o a los más, les salen unas berrugas en el rostro y en la cabeza y los demás miembros que parecen carneros casi”.

“Prohibición absoluta de tocar éstas aguas ni dejarse salpicar los soldados por ellas”, rezaba una de las órdenes dadas a los solda-

dos boyacenses, pastusos y sabaneros que al mando de Sucre y los generales colombianos, fueron a cumplir sobre las tierras del Perú la primera cita del continente. En Junín y Ayacucho, bajo la estrella de Bolívar, hombres del norte y del sur en fraternal esfuerzo aseguraron con sus hermanos del Perú, la libertad de América. Y allí otro adolescente, Córdoba, enseñó a los mozos del universo, cómo la libertad vale más que la vida.

Los libertadores temían a la verruga más que a los trabucos y sables del rey: así se explican estos anatemas contra la hermana agua límpida y buena de las vertientes andinas, falsamente mirada como causante de la mortal dolencia.

Cuando se emprendieron grandes obras para comunicar la costa peruana con la sierra, el *Sirki* despertó de su letargo endémico y con inusitada virulencia atacó mortíferamente las peonadas forasteras que abrían carreteras y ferrocarriles hacia las cumbres. En el trayecto de Lima a la Oroya, se contaron en 1870 hasta 7.000 muertos. Aquel mal fulminante fué apellidado por el pueblo "fiebre de la Oroya" y adquirió dantesca fama de malignidad.

La extremada virulencia epidémica sobre personal no inmune de trabajadores foráneos y de pueblos recientemente invadidos por el flagelo, determinó que la mayoría de las defunciones, igual a lo acontecido en Nariño en la epidemia del Guáitara, sobrevinieran en los primeros días de la fase septicémica hemática y que no llegasen sino muy pocos casos y muy tarde hasta la fase histioide o eruptiva forma ostensible y que le da nombre a la Verruga. Y ocurrió allá igual que entre nosotros que se oscureció el criterio clínico y se comenzó un largo divagar diagnóstico, empezando por el error trascendental de afirmar que la fiebre era una enfermedad diversa a la Verruga.

Las discusiones, los informes desorientados de comisiones investigadoras, la errada intervención de científicos extranjeros, trajeron confusión y caos a este capítulo de patología americana, que habría de ser esclarecido luégo por los hombres de ciencia peruanos, siguiendo el camino que con el sacrificio de su vida abriera Daniel A. Carrión.

Y llegó el año de 1885.

Cerro de Pasco, es una fabulosa ciudad que entre las nieves de los Andes a 4.352 metros de elevación sobre el mar, se asienta en la inmensa mole formada por la confluencia de los tres ramales de la cordillera peruana. La temperatura media de $4\frac{1}{2}$ grados centígrados, sueñe bajar en las noches por debajo de cero y el agua hierve a 73 grados. La riqueza legendaria de sus minas de plata, es inagotable y el clima presenta extremados contrastes: tras de fragorosas

tempestades, el aire tórnase sutil y en el cielo de azul diafanidad esplende el sol tonificante, sobre las serranías nevadas.

Allí nació Daniel Alcides Carrión en mayo de 1859, en una vieja casa de la calle Cruz Verde, del matrimonio de don Baltasar Carrión, médico y abogado ecuatoriano y doña Dolores García, de rancia extirpe local. De excepcional talento y exquisita sensibilidad, de temperamento firme y decidido, al decir de Marroquín su biógrafo, Carrión hizo sus estudios infantiles en Cerro de Pasco y Tarma y en 1873, de 14 años, se fué a Lima al Colegio de Guadalupe.

Terminados los estudios secundarios, pasó a la Universidad de San Marcos, la nobilísima y muchas veces secular institución, la más antigua del hemisferio, semillero de sabios varones que han ilustrado los anales de América.

Por aquellos tiempos ocurrían los trágicos y dolorosos sucesos para América de la guerra del Pacífico, y Carrión cumplió su deber patriótico de alistarse como soldado para asistir a varios combates, ed los cuales recordaba singularmente la batalla de Miraflores.

Concluídos por fin los tres años de ciencias físicas y naturales en la Universidad, se matriculó en el primer año de medicina en la también secular Escuela de San Fernando, instituto fundado en 1806 por aquel varón magnífico, arquetipo del médico, espejo de estadistas y legisladores, filósofo y naturalista, don Hipólito Unánue, que prolonga su espíritu en las generaciones fernandinas de hombres de ciencia, de investigadores geniales, de médicos ilustres, de sociólogos y publicistas continentales del presente.

Pronto se hizo notable en los claustros aquel inteligente mozo, fino y delgado, de faz cetrina y cabellos irzutos, de ojos pequeños, de mirar profundo, ceño levantado, nariz aguileña y gruesos labios carnosos, que vencía en los concursos del internado y que alborotaba las aulas y los hospitales con seis compañeros inseparables, a quienes comandaba por su carácter resuelto y tenaz, en veces irascible, pero de ordinario jovial, gracioso y ocurrente.

Carrión, Julián Arce, Casimiro Medina, Enrique Meztanza, Mariano Alcedán, Ricardo Miranda y Manuel Montero, eran los primeros en las clases, los más ávidos de saber, los que todo lo averiguaban, andaban por las clínicas buscando los nuevos casos, y ponían a veces en apuros y sacaban de paciencia a los severos profesores, con su inquieto preguntar. Y eran también los alegres estudiantes que en las horas libres sabían entonar bajo las rejas caladas, por las calles señoriales donde florece la belleza incomparable de las mujeres limeñas, el *gaudcamus igitur dum juvenes sumus*.

Parece que en una lección clínica el Profesor Alarco se quejaba del escaso aporte nacional al esclarecimiento del mal de verrugas de la sierra peruana, causante de tántas muertes y de tánto sufrí-

miento. Sugería la urgencia de buscar remedios y preservativos. Decía cómo más bien en otros países se hacían publicaciones basadas en materiales recogidos en el Perú. Y de paso anotaba que al parecer iban descaminados los que pensaban en dos enfermedades distintas: fiebre de Oroya, y verruga peruana y quizás en lo cierto Espinal, quien en 1871, ante el caso de un ingeniero yanqui curado de la fiebre en Lima y con un brote de verrugas al llegar a su patria, opinaba que la fiebre no era otra cosa que la primera fase del período eruptivo final.

Aquella lección fué un rayo de luz sobre la mente del inquieto muchacho. Fervorosamente resolvió dedicar su vida al estudio del mal de la Sierra y lleno de fe comenzó a trabajar con metódico empeño.

Pero las enfermedades epidémicas tienen largas pausas. Después de las terribles hecatombes en los obreros de la sierra, la verruga cansada de matar, entró en sopor endémico. Los pacientes en los hospitales de Lima, eran raros. En 1885 Carrión había hecho anotaciones clínicas tan preciosas, que hoy son postulados clásicos, pero apenas contaba nueve historias clínicas.

Un día la Academia de Medicina abrió un concurso para premiar el mejor estudio sobre Verruga y a renglón seguido, se supo que el chileno Izquierdo trabajaba con ardor y se presentaría al concurso.

Y Carrión dijo a todos sus compañeros, que él haría la memoria exigida por la Academia de Medicina y comenzó a ordenar sus notas de 4 años. Y las pesó y las halló faltas, observó que la lista de síntomas era deficiente y que de sus nuevas historias, no podría sacar conclusiones. Y sobre todo vió que la mayoría de los puntos sugeridos por su maestro Alarco, seguían en la oscuridad. Entonces se le ocurrió la heroica y genial idea de experimentar en su propio cuerpo, inocularse verruga y escribir la historia clínica de lo que fuera sintiendo "ya que los síntomas y sufrimientos que uno mismo siente, dice, se fijan con tal exactitud en nuestra memoria que no hay medio mejor de reconocerlos y describirlos".

Consultó, meditó, estudió y decidió practicar la prueba apenas pasaran sus exámenes finales. Hizo un plan al parecer con los siguientes interrogantes: ¿Es enfermedad inoculable? ¿La fiebre de Oroya y la verruga son etapas de una sola entidad? ¿Cuáles son los síntomas iniciales, cuándo y cómo aparecen?

La noticia, causó estupor y consternación porque Carrión tenía amigos en todas las clases sociales. Trataron en vano de disuadirlo. Transcribo algunas respuestas recogidas por sus biógrafos: "No me asustan las deformidades que la erupción de la verruga pueda traerme, y si tan fatal fuese, habría pagado con mi vida mis ardientes

deseos. No sé qué me dá al ver que individuos como el médico chileno Izquierdo que apenas tuvo unos cuantos tumores para ver, se lancen a dar opiniones y a escribir sobre una enfermedad que nadie mejor que nosotros debía darla a conocer. Ustedes saben que he tenido demasiado tiempo para pensar en esta inoculación; que de antemano he previsto los accidentes graves que ella puede traerme; ¿pero, no es cierto también que la ciencia, sobre todo la medicina, debe en gran parte su adelanto a experimentaciones arriesgadas? “No es motivo la muerte, agregaba, para que me pueda arredrar, pues hay algo que exponer de nuestra parte, si deseamos que la medicina avance”.

Se precipitaron los acontecimientos antes de los exámenes: al servicio del Profesor Villar, llegó una muchachita con verrugas recientes. Carrión voló a ver el caso y halló que era el preciso para el experimento.

Al otro día, a las 10 de la mañana, se presentó a la sala listo a practicarse la inoculación. El Profesor Villar, el doctor Chavez y los internos trataron de disuadirlo, pronosticando grave enfermedad y aun la muerte; pero él respondió con definitiva firmeza: “No importa, suceda lo que sucediere, quiero inocularme. Y si tan fatal fuese pagaría con mi vida mis más caros deseos. No me arredra la muerte. Qué importa el sacrificio de mi existencia si con ello presto un servicio a la humanidad doliente”. El doctor Chavez tomó la lanceta de manos de Carrión y practicó la inoculación.

Con emocionado respeto voy a leer apartes de la historia de este portentoso experimento, escrita de puño y letra de Carrión, mientras tuvo fuerzas o dictada a sus compañeros hasta que se apgó su voz:

“Agosto 27 de 1885. A las 10 a. m. obtuve con gran dificultad que el doctor Evaristo M. Chavez ante el doctor Villar, el interno Julián Arce y el externo Sebastián Rodríguez me practicara cuatro inoculaciones, dos en cada brazo, cerca del sitio en que se hace la vacunación, con sangre inmediatamente extraída por desgarradura de un tumor verrucoso de color rojo situado en la región superciliar derecha de la enferma Carmen Paredes de 14 años, cama N° 5, sala Nuestra Señora de las Mercedes, servicio del Profesor Villar, Hospital Dos de Mayo de Lima. La molestia local consecutiva a la inoculación desaparece a las dos horas siguientes”. Hasta 16 de septiembre, todo normal.

“Septiembre 17. Ligero malestar y dolor en la articulación tibio tarsiana izquierda. *Queda fijado el período de incubación*: 21 días.

“Septiembre 19. El malestar se acentúa. Calofríos. Fiebre elevada 39.8° C. Dolores generalizados. Gran postración. Tinte ictérico.

escasas *petequias* en la cara, alas de la nariz y frente. Calambres. Sudores. Insomnio.

“Septiembre 20-25. Todos los síntomas se agravan y la adinamia se acentúa.

“Septiembre 26. Noveno día de enfermedad. Sub-febril. A partir de hoy me observarán mis compañeros, pues, por mi parte, confieso me sería muy difícil hacerlo.

Los compañeros anotan ese día: palidez considerable de piel y mucosas. Sentimiento de debilidad general. Quebrantamiento. Inapetencia. Facultades intelectuales en perfecto estado. Pulso blando y frecuente (100 p.). Respiración normal. Soplo suave y ligero en la base del corazón en el primer tiempo.

“Septiembre 27, 10º día de enfermedad. Continúan acentuándose los síntomas de los días anteriores a excepción de los dolores y calambres. Las manchitas de la cara van desapareciendo. Piel sub-Ictérica y aspecto terroso. Agitación e intranquilidad. La luz y el sonido le molestan. El doctor Ricardo Flórez examina la sangre y encuentra apenas 1.085.000 glóbulos rojos. (Fué el primer recuento globular hecho en el Perú).

“Octubre 1º Náuseas. Vértigos.

“Octubre 2, 15º día de enfermedad. Rostro desencajado. Ojos hundidos rodeados de un círculo negruzco. Mejillas y sienes deprimidas. Nariz afilada. Pabellones auriculares casi transparentes. Mirada sombría y velada. Voz apagada. Momentáneamente se reanima y dicta: “Me encuentro firmemente persuadido de que estoy atacado de la fiebre de la Oroya de que murió nuestro amigo Orihuela: *he aquí la prueba palpable de que la fiebre de la Oroya y la Verruga reconocen el mismo origen, como le oí decir al doctor Alarco*”.

“Octubre 3. El Estado del enfermo es desesperado. Alucinaciones táctiles.

“Octubre 4. 16º día de enfermedad. En estado gravísimo se traslada el enfermo a la casa de salud con propósito de practicarle una transfusión de sangre. Al sacarlo de su cuarto de estudiante le dice a Izaguirre un muchacho del primer año de la escuela: “*Ahora les toca a ustedes terminar la obra ya comenzada, siguiendo el camino que les he trazado*”. Luégo cae en postración con delirio musitante en que se percibe que divaga sobre la histología de la verruga.

“Octubre 5. 17º día. Carrión está moribundo. Hipotermia. Coma. A ratos emite leves quejidos y palabras incomprensibles. Hacia la alta noche, con grande esfuerzo mira a sus compañeros que solícitamente circundan su lecho, y dice: *Enrique, ésto se acabó*”. La última expiración fué breve y profunda. A las 11 y 50 minutos de la noche Carrión estaba muerto.

El experimento de Carrión marca una etapa en la historia de

la medicina americana y es hecho notable en la ciencia universal, porque se ajusta a los más rígidos cánones experimentales y permite sacar conclusiones que cualquiera pueda repetir, a saber:

1º Se demuestra que la verruga es inoculable al hombre.

2º Se comprueba que inoculando sangre de un verrucoma reciente, se determina la fiebre anemizante, mortal cuando las condiciones fisiológicas del paciente son precarias.

3º El período de incubación es de 21 días.

4º La fiebre inicialmente es muy elevada pero la muerte ocurre en hipotermia. Las algías son síntomas característicos del mal.

5º La anemia intensa por la progresiva destrucción de los glóbulos sanguíneos, determina tinete sub-ictérico y dramáticos y angustiosos fenómenos.

6º Se comprueban petequias indicadoras del esfuerzo del organismo por localizar el virus en el sistema retículo endotelial, que de lograrlo determina la erupción verrucosa, triunfo de las defensas orgánicas.

7º Luégo la fiebre de la Oroya y la verruga peruana reconocen el mismo origen y son apenas dos etapas del mismo proceso.

Y los hombres de ciencia definieron que en adelante el *Sirki quechua*, verruga de los conquistadores y fiebre de la Oroya se llamase *Enfermedad de Carrión*.

Yo quisiera hacer el elogio del heroísmo, tal como lo entendemos los médicos, en el sentido de sacrificarse hasta la muerte por curar, por aliviar, por consolar el dolor humano. Pero en obsequio nuestro, prefiero recordar a nuestro armonioso Profesor Luis Zea, quien decía:

“Para el médico, el concepto de la gloria, tal como lo entienden las multitudes, es un concepto falso y criminal que forzosamente llevará a los pueblos a su ruina. Y la Humanidad, si es que aspira a mejorar sus propios destinos, debe despojarse de todo lo falso, como lo hacen en sus maravillosas metamorfosis los insectos. Para el común de los mortales no es grande, no es glorioso, sino el que mata, y no el que educa ni el que redime. La guerra de conquista, digámoslo de una vez, es sólo la organización colectiva del asesinato, de la depredación y del robo. Este no es el ideal para el médico. Su afán sin tregua en el Laboratorio, la interpretación de las leyes de la Fisiología y de la Patología a la cabecera de los enfermos, le ha hecho comprender que la vida es una fuerza sagrada y misteriosa que a toda hora se debe sostener porque es una cosa santa. Así lo entendía un estudiante de medicina cuando, después de evocar a los grandes conquistadores de la Historia, exclamaba:

“Yo no canto a vosotros, cuyos lauros,
 en la sangre teñidos,
 respiran con el aire de la muerte;
 yo no canto a vosotros, los temidos,
 los que formáis las leyes con la espada,
 sin tener más derecho que el del fuerte.

“Vuestros nombres sublimes
 no hacen arder la sangre de mis venas:
 yo canto a Atenas enseñando a Roma;
 no canto a Roma conquistando a Atenas”.

“Para pintar el errado concepto que se forman las multitudes gregarias sobre la grandeza y sobre la gloria, trae Francois Coppée la leyenda oriental de las dos tumbas. Tamerlán regresaba de la India en donde había erigido en Delhi pirámides de noventa mil cabezas, y se detuvo en Thus, a la cual perdonó porque en esa ciudad había muerto el poeta de los idilios persas, el gran Ferdussi, y Tamerlán tenía el culto de las tumbas. Hizo abrir el sepulcro del vate, y por un hecho extraordinario e incomprensible, la tumba modesta guardaba el cuerpo del cantor, conservado, como si hubiera muerto una hora antes y circundado de rosas frescas. Más adelante llegó a Kara-Korun, en las vertientes del Altay, donde se hallaba la tumba de Gengis-Khan dentro de un templo diamantino, y el conquistador, quiso también abrirla. Retrocedió aterrado. ¡El déspota feroz nada-ba en sangre!”.

Rindamos homenaje a nuestros héroes: al sacrificio excelso de Carrión; a Jorge Martínez muerto por la difteria, mientras bregaba en la preparación del suero curativo; a Osorio que sucumbió en To-caima y a Laverde en Cali, combatiendo la fiebre amarilla; a Lleras que con el cuerpo descoyuntado se hizo revestir de una armadura de hierro para que sostuviera la llama de su espíritu ardiente por la ciencia y la humanidad; y a esa larga lista de internos, estudiantes de medicina religiosas y modestos enfermos hospitalarios contaminados por el Tifo, “quienes al caer en los claustros de San Juan de Dios víctimas de su entusiasmo por la ciencia y de su amor al prójimo han honrado la Facultad y dado lustre al nombre colombiano”.

“Ahora les toca a ustedes, dijo el vidente agonizante, *terminar la obra ya comenzada, siguiendo el camino que les he trazado*”. Y los hombres de ciencia del Perú han seguido fielmente la senda trazada, han resuelto la mayoría de los problemas sobre verruga, han disipado errores de investigadores extranjeros y están en vía de esclarecer y definir otros puntos de la en antes misteriosa dolencia.

Cerca de trescientas comunicaciones casi todas de peruanos y casi todas posteriores a su sacrificio, se han publicado sobre la Enfermedad de Carrión. Yo quiseira, pidiendo perdones si omito alguno, nombrar a sus autores en esta ocasión memorable:

Avendaño	Changanaqui	Carvajal
Matto	Pierola	García-Godós
Medina	Castillo	Smith
Meztanza	Parodi	Rebagliati
Arce	Ramírez del Villar	Carballo
Alcedán	Campodonico	Monge
Miranda	Bello	Paz-Soldán
Montero	Odriozola	Valdés
Larrea	Mimbela	Muñante
Quesada	Tamayo	Ortega Pimentel
Ríos	Hercelles	Gómez
Patrón	Barton	Ribeyro
Quiroga	Escomel	Towsend
González-Oloachea	Biffi	La comisión Norteamericana de Harward.
Pérez Velásquez	Pattacioli	
Rey	Márquez de Cunha	Kuczynski
Antúnez	Muñiz	Manrique
Rossel	Bernales	Rocha
Ortiz	Aldana	Napanga
Monteverde	Maldonado	Malpartida
González-García	García Rossel	Reyes
Ballón	Ciotola	Chavez
Battistini	Delgado	Hurtado
Valdizán	Lastres	Merino
Mackenie	Morales	Nieto
Martínez	Marroquín	Hertig
Weis	Carpio	Vargas Fano
Lorente	Asenjo	Urteaga
Guzmán Barrón	Parrot	Méndez
Peñaranda	Pons	Anglas
Torrealva	Coronado	Alzamora
León	Gastiaburu	

Y fuera del Perú, Mir, Gorbits, Fox, Iwoff, Lenda, Mayer, Schilling, Noguchi, Shanon, Tilden, Tyler, Kikuth, Mimbela, Rocha Lima, Werner, Jadassohn, Kolle, Darling, Seiffert, Izquierdo, Sanfurgo, Puelma, Weinman, Pinkerton, Strong, Tyzzer, Brues, Sellards, y otros tantos.

De todo este precioso material científico destaco algunos acon-

tecimientos trascendentales: la monografía clásica de Odriozola, el descubrimiento del agente productor de la verruga por Alberto L. Barton, después de un largo proceso de paciencia y de probidad. El cultivo del germen iniciado por Battistini. Las memorias del sabio Mackenzie sobre histopatología, reservorios de virus y afinidades entre Bartonellas y Rickettsias. Las comunicaciones histopatológicas de Weis. Los estudios de Escobel. El libro reciente del lamentado Rebagliati. Las proféticas notas sobre extensión internacional de la verruga del higienista y orador eximio, Carlos Enrique Paz Soldán, que ha edificado para regalo del espíritu un monumento de ciencia, en su Reforma Médica de Lima.

Yo os pido, Excelentísimo señor Embajador del Perú, digáis a los hombres de ciencia peruanos, cómo sus nombres están en nuestras mentes y sus obras magníficas en el corazón de los médicos colombianos, que hoy fraternalmente los recuerdan ante el retrato de Daniel Carrión.

En nombre del Profesor Decano de la Facultad de Medicina, representante de la Universidad, y en nombre del Director del Hospital de San Juan de Dios, representante de la Junta de Beneficencia, os hago entrega, señores estudiantes, del laboratorio "Daniel Carrión" para vuestros trabajos de parasitología y de enfermedades tropicales. La Facultad os recuerda que el mayor problema para el bienestar de la República, es el de las grandes endemias. Y la Facultad os pide estudiar y resolver ese problema vital para la patria. Mucho de nuestra patología regional está en la oscuridad. Dos enfermedades rurales descubiertas ayer no más por el viejo profesor que os habla, se ofrecen a vuestro entusiasmo juvenil: la Fiebre Petequial de Tobia y la Bartonellosis del Guáitara, semejante en todo a la enfermedad de Carrión, tienen horizontes inmensos y caminos infinitos inexplorados. Y el Tifo Negro de Bogotá del preclaro Profesor Carlos Esguerra, comprobado al fin inapelablemente en estos días, os brinda palestras donde podéis haceros inmortales. Tenéis delante de vosotros un vasto programa. No se conoce qué causas determinan los inesperados brotes epidémicos de esas tres enfermedades pestilenciales. No se sabe qué relaciones puedan tener sus virus. Está en la sombra la fuente natural de la Bartonella del Guáitara y se desconoce cuáles sean los vectores. Y se necesita el remedio específico y la vacuna preventiva. Y está por descubrir la tripanozomiasis, y la leishmaniasis visceral y la esquistozomiasis. ¿Y cuál es la etiología de la Fiebre con ictericia de Santa Marta y de la Fiebre de Ebéjico? La Facultad pone en vuestras jóvenes manos los instrumentos de labor, para que prosigáis en estos claustros la gloriosa tradición científica de los maestros de la Escuela Médica de Bogotá, y confiadamente, espera.

Y coloca en vuestro laboratorio la efigie del estudiante gallardo y heroico, modelo de compañerismo; de austeridad y desprendimiento; de orgullo patrio; de honradez en la experimentación; de consagración y de paciencia; de fe en el propio esfuerzo; de sacrificio por un ideal.

Todo lo de América es común para todos los americanos: las epidemias de Bartonellosis de Nariño, responsables de más de 6.000 víctimas, mortífera dolencia al parecer igual a la enfermedad de Carrión; el hallazgo reciente de focos activos de Verruga en Loja, Guayaquil y Zumba en Ecuador; las probables remotas epidemias de Centro América; y el propicio ambiente para la Verruga en los contrafuertes escarpados de los Andes, determinan que el problema de salubridad pública de esta enfermedad, afecte al continente e incumba sobre todo a las naciones bolivarianas.

Queremos que este acto de nuestra Facultad de Medicina sea un acto simbólico de fraternidad panamericana. Queremos venerar la memoria del estudiante héroe y mártir, voluntariamente inmoldado al bienestar humano, nacido en un nudo vital de la cordillera andina columna vertebral de este individuo geográfico que es nuestro continente. Y como todo lo de América es común para todos, digamos ante el retrato del héroe de nuestros Andes, la fervorosa oración de los fundadores de Colombia: "*que una sola sea la patria de todos los americanos*".

He dicho.

Discurso del Embajador del Perú.

"Señor Presidente de la República, señor Rector, señor Decano, señores:

Ha de quedar en mi memoria, resplandeciendo como día de sol, el hermoso recuerdo de este noble y conmovedor homenaje. La ilustre Facultad de Medicina de Colombia, y su brillante estudiantado, rinden tributo fraternal a Daniel Carrión, honra de mi patria, y alto símbolo de una juventud pensadora, sin otro amor que a la Humanidad y a la Ciencia.

En un laboratorio, donde se trabaja por la salud del hombre, y por extender a las industrias la luz proficua y el poder protector de la Ciencia, tiene ambiente propicio la imagen de Carrión.

En esta aula clara y silenciosa, su faz meditabunda presidirá las experiencias de sus hermanos en el saber, y hablará a las nuevas generaciones, del casto desinterés del sacrificio y la inmortalidad.

La albura y la paz de los laboratorios inundan el alma de límpida y serena meditación. Sentimos aquí noble curiosidad, la mágica atracción del misterio, el gusto de las soleadas y puras sendas de la inteligencia. Diáfanos cristales e ingeniosos aparatos, nos ha-

blan del luminoso mundo de la investigación, y de sus insignes disciplinas: la atención aguda, la labor paciente, la larga esperanza, que mansamente aguarda el alumbramiento de la verdad, sobre la frente pensativa.

Ya era asombroso haber descubierto en los minúsculos protozoarios una organización completa de la vida, en la más sabia sencillez; pero la inteligencia se abisma, cuando la química biológica demuestra que nuestro cuerpo es un todo complejo de elementos vitales; que lo que llamamos nuestra vida no es sino la síntesis orgánica de un cúmulo de vidas, que en nuestro sér hay fenómenos simultáneos de vida y de muerte; algo que a cada instante nace, y algo que perece, en tan compenetrada sucesión, que es invisible el puente mágico entre la vida que se va y la que viene.

No contaba Carrión con los poderosos recursos de la química contemporánea. La verruga seguía haciendo víctimas, burlando los desvelos de la Ciencia. No existía un estudio prolijo y acabado del proceso de la cruel enfermedad. Entonces el heroico estudiante resolvió hacer, de su cuerpo, campo de observación y de experiencia clínicas, y se inoculó el virus del tremendo mal.

Dominando el dolor, el desmayo y la fiebre, debía escribir la historia de su enfermedad, que sería la de su propia inmolación. Al tiempo que una a una iba arrancando las cuartillas, iba deshojándose la flor de su vida y cayendo al sepulcro.

Con iguales títulos podrían reclamar su heroísmo, la Caridad y la Ciencia. A estos altos ideales ofrendó lo que más ama el joven: la vida; nunca tan cara como a la edad dichosa en que crecen floridos el pensamiento y el amor.

Fué el suyo, sacrificio consciente; vida inmolada en salvación de muchas vidas; heroísmo sin ímpetus, que va tranquilo como el manso río, hacia el océano insondable. Digna de bendición es una vida que deja tan sublime recuerdo.

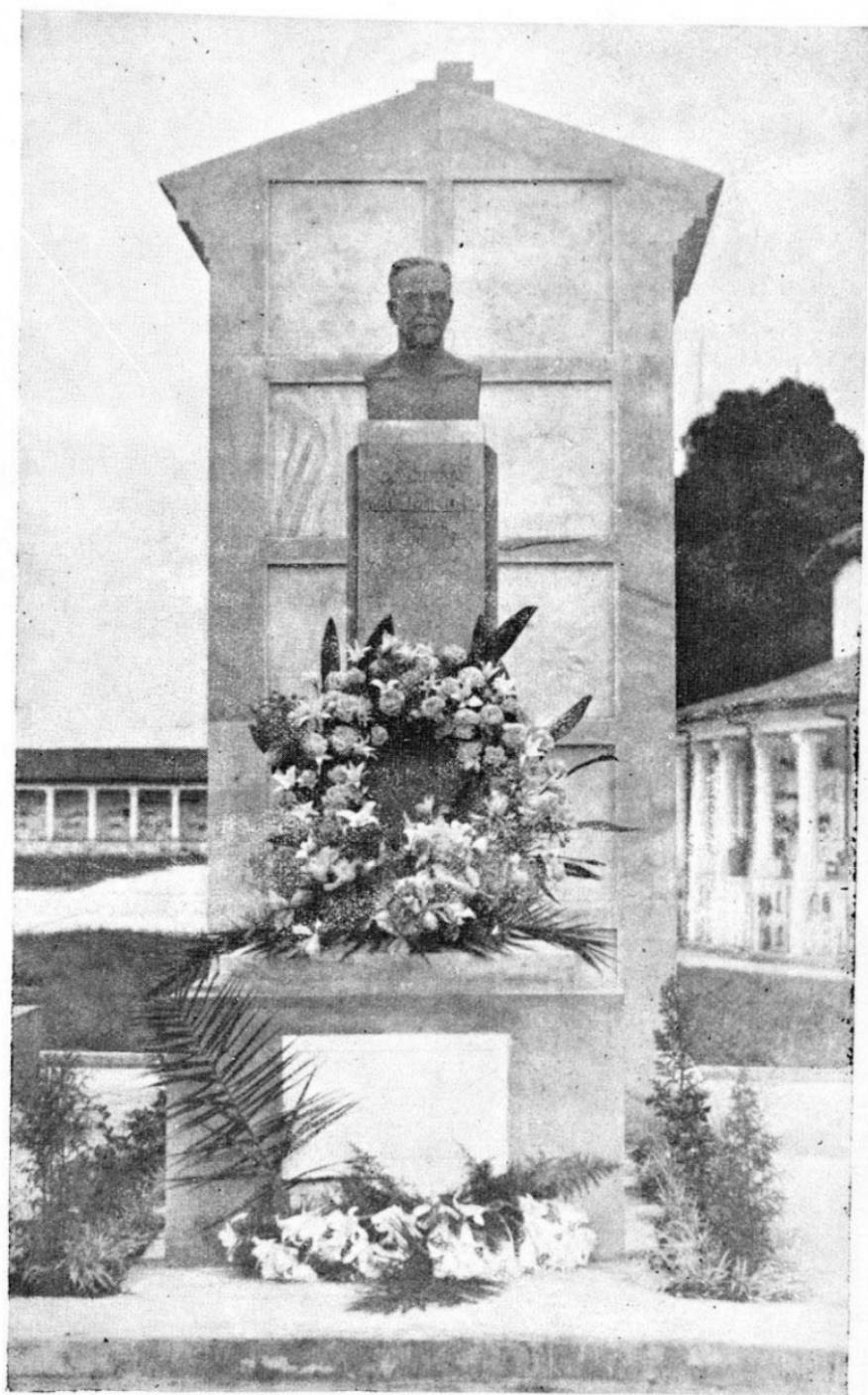
Aunque es mi profesión la de las leyes, admiro la medicina, en su benemérita cruzada contra la muerte y el dolor, y rindo fervorosos elogios a su acción pública, trascendental innovación del Estado moderno.

Me seduce la química, y gozo de asomar a los hondos problemas de esta ciencia. Ella sorprende el íntimo trabajo de la Naturaleza, bajo su ordinaria impassibilidad; exhibe sus sutiles y maravillosas actividades; ella descubre en nuestro cuerpo, el más complejo y el más completo de los laboratorios. ¡Cuánto asombra hallar semejanzas entre los fenómenos de la vida orgánica y los de la vida social! Toda organización necesita un núcleo; su extensión, que ese núcleo se parte en varios: la propaganda es un modo de generación en el mundo del pensamiento; en la vida de la célula, como en la del hom-

bre en sociedad, hay algo particular y algo común a todo el organismo; la salud, como el progreso, son el resultado de una cooperación armónica, el prodigioso fruto del orden. Esta es la ley común a todas las actividades; luégo, la libertad, la suprema entre todas, no puede ser una fuerza incontrolada y destructora: la irrupción salvaje de un torrente. Es respetable por ser benéfica; sagrada, por resumirse en ella el divino derecho del hombre, a cumplir su destino inmortal. El crimen, la violencia, la loca y caprichosa rebeldía, no son la libertad, ni merecen tal nombre: son el absurdo dentro del orden de la Naturaleza; y en el orden moral, la negación del destino del hombre, origen y justificación de todos sus derechos. En las más alejadas disciplinas, brotan así las semejanzas, y es inexhausta la enseñanza objetiva en el libro estupendo de la Naturaleza. La inteligencia columbra, aunque no llegue jamás a demostrarlo experimentalmente, la unidad de un pensamiento en toda la Creación, fulgor divino de la Sabiduría Infinita.

Y ahora, mi alma se ensimisma y se recoge para agradecer. A vos, señor Presidente de la República, que por vuestra alta investidura y las excelencias del ánimo, tenéis en vuestro pueblo y en América, doble y conspicua autoridad; a la Facultad de Medicina, exponente magnífico de la Ciencia en Colombia, y a su eminente Decano y maestro, doctor Cavelier; al éximio profesor Luis Patiño Camargo, que con alma magnánima de sabio inició este homenaje y ha sabido esculpir en su oración una palma de bronce; al estudiantado, en que germina como en las fértiles sabanas, la semilla del porvenir, y que ha expresado su pensamiento en frases tan sentidas y elocuentes; a las selectas personalidades que han querido brindar a la Embajada del Perú esta exquisita prueba de simpatía por la nación hermana, madre del glorioso Carrión.

El americanismo tiene en esta solemnidad científica nuevo galardón y nuevo lazo. Nuestros próceres, que en los campos de batalla nos vieron juntos bajo los pendones de la Libertad; los estadistas, que concibieron una estructura política continental, en que la debilidad de la mayoría de los Estados fuera suplida por la unión solidaria; los financistas, que con armónica economía dirigida, piensan en convertir a América en un todo económico suficiente: no imaginaron esta unión en el orbe glorioso de la Ciencia. En él, las batallas por la verdad no terminan; se estructuran conocimientos, a modo de faros, para guiar a las remotas generaciones; allí las riquezas no se agotan, sino que crecen con la energía de una labor casi infinita; y en ese orbe, donde se hacen hermanos los hombres superiores de todos los pueblos y todas las razas, no hay otras leyes que la cooperación en el esfuerzo, la participación generosa en los resultados y el ansia creciente y perenne, de luz y de ventura para la humanidad".



DR. PABLO GARCIA MEDINA